

PRESENTACIÓN DEL DOSSIER: LOS DISCURSOS Y LAS IMÁGENES DE LA TRANSICIÓN

Mario P. Díaz Barrado*

Pilar Martínez-Vasseur**

*Universidad de Extremadura, España: E-mail: mdiaz@unex.es

**Université de Nantes, Francia. E-mail: pilar.martinez@wanadoo.fr

Recibido: 23 mayo 2018 / Revisado: 11 septiembre 2018 / Aceptado: 7 octubre 2018 / Publicado: 15 junio 2019

El Congreso, La España actual: 40 años de historia, celebrado en Cádiz en el año 2017, puso de manifiesto el creciente interés por el periodo de la Transición a la democracia como hito fundador de la España actual, aunque en la mayoría de las ocasiones podría parecer más bien un interés por poner en entredicho ese hito, que un deseo de reforzarlo. Se podría decir que, tras años hablando de la *santa* Transición, se ha pasado a hablar de la *estafa* de la Transición.

Por supuesto ambas interpretaciones (tan radicalmente opuestas) no están fundadas en un análisis concienzudo y sólido de los acontecimientos y procesos históricos vividos desde los años 70 del siglo XX hasta la actualidad. Ambas interpretaciones están sustentadas en impresiones o percepciones que tienen que ver más con la determinación de cada presente (el éxito económico y social de los años 80 de siglo XX y la aguda crisis económica de los años 2000), que con el análisis del pasado desde la disciplina histórica y con los recursos adecuados. Incluso se podría afirmar que es más la opinión, la impresión e incluso el interés por imponer ciertos relatos, lo que determina la interpretación del pasado, por lo menos más que el análisis reposado y con afán de objetividad que siempre propone la labor de historiador (aunque sepamos que la objetividad no existe).

Por eso la Historia del Presente no debe dejarse impresionar por la premisa clásica de que la historia debe hacerse desde la distancia temporal con los acontecimientos analizados, pero tampoco debe dejarse arrastrar por un *presentismo* que lo fía todo a la coyuntura cambiante. Ya sabemos que el presente fabrica el pasado, pero al menos hay que dejar que ese presente no sea el

vaivén de las noticias de prensa o las tendencias que marca un programa de Televisión. Para evitar ese *presentismo* feroz sólo hay dos fórmulas: contextualizar el análisis del pasado en su tiempo y conceptualizar, es decir buscar regularidades y procesos desde metodologías sustentadas, no en la opinión, sino en el contraste de datos y fuentes.

Pero la fuerza de *presentismo* es mucha y su influencia indudable para reforzar esta deriva que, en los tiempos actuales, se ha convertido en irrefrenable. Corremos el riesgo de convertir la Historia del Tiempo Presente -nacida con la intención de comprender el pasado reciente desde premisas metodológicas contrastadas- en un mero recurso llamativo que recibe la atención (siempre fugaz y cambiante) de los medios de comunicación. Lo que hemos denominado *presentismo* es mucho más determinante cuando, como es el caso que nos ocupa, para analizar la Transición tomamos como referencia las manifestaciones culturales, los recursos y fuentes visuales a través de los medios de masas y los discursos públicos, cuando nos movemos en expresiones actuales como la fotografía, el cine, las artes plásticas, que se suman a otras más clásicas como la literatura. Todas ellas determinadas por un *presentismo* tentador que facilita reflejar sobre el pasado problemas candentes del presente que puede ser muy loable defender -el feminismo, la preocupación por el medio ambiente y hasta el animalismo-, pero que no se pueden proyectar en contextos pasados con las premisas del presente.

La influencia visual está cada vez más marcada en las sociedades actuales, la reciente historia de España está determinada en gran parte por la

imagen que de ese pasado han dado el cine, la TV y los medios de comunicación de masas en general. Vamos a tener la posibilidad de conocer algunos trabajos que se adentran en el estudio de las fuentes visuales, con la determinación necesaria para dotar a estas fuentes de la importancia que merecen en el análisis histórico actual. También podremos constatar las inmensas posibilidades que esas fuentes ofrecen para adentrarse con firmeza en la interpretación del período de la Transición española a la democracia.

Por ejemplo, María Teresa Nogueroles realiza una interesante aportación al estudio del cine de la Transición -comenzando por contextualizar ese cine hablando, como es pertinente, del cine previo de los años 60-, y luego se centra en una serie de temas tabúes y de películas que sufrieron críticas aceradas e incluso persecución legal. Resultan interesantes sus comentarios acerca de la influencia del presente de entonces (es decir el de los años 70), aunque las películas hablaran de un pasado más remoto como la España de la Restauración, como sucede en los casos de *El crimen de Cuenca* y *La ciudad quemada*. También las interpretaciones que sobre la propia Transición hace el cine hecho en ese momento, o el que se hace tiempo después, para culminar con la constatación de que el cine tampoco apostó por la ruptura, cosa cierta porque es lo que hizo la sociedad española en todos los órdenes y, ante eso, no sirve lamentarse sino constatar el hecho independientemente de la opinión que nos sugiera.

Por su parte, Laureano Montero realiza un trabajo muy interesante sobre el tratamiento que la ficción televisiva hace de la historia española reciente. Y empieza por constatar algo fundamental: que cada obra de ficción histórica dice más del período de su realización que del que pueda abordar en su trama. La exhaustiva recopilación por parte del autor de producciones televisivas sobre la Transición, refleja su interés por el período y también su deseo de constatar la caída del mito de la Transición, sin reparar en que es el presente desde el que escribe el que determina esa interpretación. Realiza, asimismo, un agudo análisis comparativo entre TV y cine que demuestra, una vez más, que el cine es mucho más crítico que la Televisión.

Para los dos trabajos comentados, pero mucho más para los que se comentarán a continuación, ya se puede apreciar -en el escaso tiempo transcurrido desde su elaboración-, que algunos de

los fundamentos de análisis han vuelto a quedar puestos en entredicho debido a ese *presentismo* agudo, porque ahora la crisis se está olvidando y la supuesta firmeza de algunas premisas empieza a resultar muy discutible.

Ese es el caso del trabajo de Kostis Kornetis, quizás el que más directamente aborda la confrontación entre la imagen modélica de la Transición y el cuestionamiento radical de la misma que supone la crisis económica de 2008. Esta crisis impone una visión completamente distinta a la inicialmente aceptada por casi todos y, progresivamente, sólo por instancias oficiales. Partiendo de los precedentes en el inicio del movimiento por la recuperación de la memoria histórica, el trabajo de Kornetis conecta en realidad el cuestionamiento de la Transición -considerada como herencia del franquismo-, con la visión mítica de la II República que arrasó el golpe militar de 1936. A través de varias entrevistas a destacados activistas del 15M (todos ellos de la generación de la Transición), se fundamenta una interpretación de la llegada de la democracia a España en los años 70 del siglo XX que acierta en la crítica a la *santa* Transición (supuestamente maravillosa, pero mentira), pero que se deja arrastrar por la fascinación que ejerce el período de la II República y la Guerra Civil (supuestamente maravilloso, pero también mentira).

Al final del trabajo se utiliza el cine y su interpretación ficcional del pasado para dar más consistencia a los argumentos *presentistas*, pero la paradoja surge cuando -como ya se ha señalado- el escaso tiempo transcurrido desde la realización de este y de los demás trabajos, ha demostrado cómo esa interpretación más reciente de la Transición también hace aguas. Dentro de poco tiempo habrá que rehacer de nuevo el pasado para adaptarlo a un nuevo presente.

Para terminar con los trabajos que utilizan de forma directa fuentes visuales, el trabajo de los profesores Díaz Barrado y Martínez-Vasseur -que coordinaron la mesa sobre discursos e imágenes de la Transición en el referido Congreso-, contrasta las visiones sobre la Transición a través de la fotografía y el cine, teniendo como eje central de su propuesta (tal vez porque los autores pertenecen a una generación diferente que ha vivido sucesivos presentes y ha conocido de primera mano la *santificación* de la Transición en otro tiempo), la evolución que la fotografía de prensa y el cine español han tenido a la hora de interpretar este momento crucial de nuestra

historia reciente. Esa evolución permite observar cómo se han ido adaptando las interpretaciones a medida que pasaban los años y, por tanto, permite intuir el peso de presente y la necesidad de incorporar los sucesivos presentes (ahora ya pasados) a la indagación histórica.

Los trabajos de Leticia Blanco y Noemí De Haro se centran en la Literatura y las Artes plásticas respectivamente. En el primer caso para reivindicar el papel de cuatro mujeres literatas en la etapa del cambio político y su papel relevante en la cada vez más importante contribución femenina, en un contexto dominado por hombres. El trabajo se deja arrastrar por el *presentismo* reflejando algunos aspectos que corresponden más a cuestiones actuales que a las que se abordan para la etapa de la Transición, en realidad se plasman sobre esos años valores e ideas que corresponden a la actualidad y, aunque sin duda ese intento resulta loable, a veces no permite comprender la imposibilidad de cambiar el pasado desde el presente. En el segundo caso, Noemí de Haro se centra en el análisis de dos colectivos de artistas plásticos fuertemente influidos en su expresión artística por su militancia política en sectores muy minoritarios de la extrema izquierda. Su trabajo sirve para comprobar cómo la Transición también tuvo perdedores y cómo muchas de esas ilusiones iniciales quedaron varadas en los caminos cegados de las posibilidades nunca alcanzadas.

Por fin, el trabajo de Roberto Muñoz Bolaños se aleja un poco del perfil general de los que se incluyen en esta publicación pero, sin embargo, resulta tremendamente interesante para algunos de los aspectos que hemos considerado con anterioridad. Partiendo del análisis de dos documentos inéditos sobre el cuerpo de oficiales del Ejército español en 1975, se lleva a cabo una labor de desmenuzamiento de esos documentos que resulta muy clarificadora de la situación del Ejército franquista y de las paradojas y contradicciones que encerraba: desde militares demócratas a furibundos franquistas (no siendo éstos precisamente los que participaron en la guerra sino algunos de los más jóvenes).

Podría decirse que este trabajo viene a ser una metáfora de las interpretaciones recientes sobre la Transición, porque al analizar las diferentes visiones que los oficiales del ejército franquista tenían del propio régimen en los años 70 del siglo XX, determinadas por su pertenencia generacional, se aprecia un paralelismo con la visión que

las diferentes generaciones de la España actual tienen sobre el periodo de cambio democrático que conocemos como la Transición. Las referencias de Monedero, que cita Kornetis, resultan en este sentido esclarecedoras.

En realidad, siempre es complicado evitar el *presentismo*, pero la aceleración de los procesos sociales permite comprobar, a estas alturas, cómo los indignados son hoy un ligero recuerdo que ha quedado varado en el pasado reciente (se han comprado *chalets*, los que han podido, o se han desencantado, los que han visto que, en realidad, este movimiento no estaba inducido por el pasado sino por el rabioso presente de la crisis). Pero también podría suceder que la emergencia de una nueva crisis volviera todas estas reflexiones inútiles y diera de nuevo razón de ser a las que hace apenas dos años eran las interpretaciones más generalizadas.

El futuro puede cambiar el pasado, como se defiende incluso en trabajos sobre física cuántica (Matthew S. Leifer, Universidad Chapman en California, y Matthew F. Pusey, Instituto de Física Teórica de Ontario), pero eso lo sabemos ya hace mucho tiempo los historiadores: el pasado es lo que más cambia, porque se construye cada vez a medida que se imponen los sucesivos presentes.

Aspirar a que los conceptos históricos pudieran sobrevivir a los presentes que ponen en entredicho el pasado, sería como aspirar a que los españoles acordemos alguna vez un consenso duradero sobre las principales bases de nuestra convivencia.

